

Charles Sheffield



**LA TELARAÑA
ENTRE
LOS MUNDOS**



En la telaraña entre los mundos encontramos todas las características de la obra de Sheffield junto a un valor añadido: la posibilidad de comparar su tratamiento de un tema fundamental en la ingeniería espacial con el que ha utilizado uno de los viejos maestros de la ciencia ficción: Arthur C. Clarke.

Junto al tema central del ascensor espacial encontramos en ella una abundancia de ideas y especulaciones que sigue siendo lo más característico de las obras de este autor. Sin llegar a la inaudita acumulación presente en «*La Caza de Nimrod*» (verdadera maravilla de inventiva), la telaraña entre los mundos ofrece también esa riqueza habitual en Sheffield.

Encontramos en la novela, sumergidos en una trama de acción, aventura y suspense, prolijas explicaciones de tipo ingenieril que sorprenden por su verosimilitud, especulaciones sobre los viajes espaciales, ideas revolucionarias sobre la minería de los asteroides, hábitats sorprendentes como el de Atlantis, maravillosos resultados de la manipulación genética y su simbiosis con los nuevos y potentes ordenadores. También encontramos la reflexión sobre ciertas características de la sociedad del futuro inmediato con su sentido del peligro en la diversión, las nuevas enfermedades, las nuevas drogas como la «*taliza*» y su efecto sobre la memoria, etc. Un sinfín de novedades que amenizan la novela y le dan este toque tan característico de Sheffield que nos retrotrae fácilmente al encanto y la fascinación de la ciencia ficción de la época dorada.

PRESENTACIÓN

Charles es uno de esos escritores de ciencia ficción que hace que el resto de nosotros piense seriamente en hacer carrera como vendedores de saldos. De hecho, la única razón por la que le permitimos vivir es que también somos lectores de ciencia ficción. Tiene la base científica de un Clarke, la capacidad narrativa de un Heinlein, la aguda ironía de un Pohl o un Kornbluth y la habilidad como constructor de universos de un Niven.

SPIDER ROBINSON

No me resisto a iniciar de nuevo la presentación de una obra de Sheffield con esta cita de Spider Robinson que me parece sumamente acertada. Los lectores fieles a nuestras publicaciones ya conocen algunas de las obras de Sheffield y mi interés por ellas. Creo que puedo suscribir al pie de la letra el comentario de Robinson, basado en la evidencia de que Sheffield logra recuperar el aspecto lúdico de la ciencia ficción de la época dorada dotando de gran amenidad a sus tratamientos y de un encomiable rigor a sus especulaciones, virtudes patentes en LA TELARAÑA ENTRE LOS MUNDOS.

En otra de sus mejores obras, LA CAZA DE NIMROD (Ediciones B, Libro Amigo/54 — Ciencia Ficción/14), la brillante trama aventurera está salpicada de exóticas especies galácticas, gadgets tecnológicos y especulaciones sorprendentes, aunque el eje central de la novela radique finalmente en una característica psicológica del personaje central. La diversión inteligente está, como siempre en Sheffield, totalmente garantizada. Sheffield es un autor que se caracteriza por hacer gala de una inventiva desmesurada. Me atrevería a decir que con la tercera parte de las ideas que Sheffield incluye en una sola novela como LA CAZA DE NIMROD, otros autores más conformistas encontrarían tema para una trilogía entera.

La otra novela de este autor que se ha publicado hasta ahora en castellano, ENTRE LOS LATIDOS DE LA NOCHE (1985 — NOVA ciencia ficción, 4), es también una novela de ideas y aventuras, una de esas obras que hoy en día quizá sólo la buena ciencia ficción puede ofrecer. El alcance temporal y galáctico de la trama central (el sueño y su utilización para vencer al tiempo) se complementa con interesantes personajes en cada momento del devenir de la acción narrada. Aunque el eje central del libro se orienta hacia el encanto por lo maravilloso y la fascinación por lo infinito que reconstruye, paralelamente a la acción, los grandes interrogantes de la existencia y las preocupaciones elementales sobre el devenir del ser humano, no sólo como individuo, sino como especie. Con ello entramos en ese indefinible vértigo de lo infinito que sigue siendo uno de los elementos exclusivos de las buenas narraciones de ciencia ficción.

En LA TELARAÑA ENTRE LOS MUNDOS encontramos todas las características de la obra de Sheffield junto a un valor añadido: la posibilidad de comparar su tratamiento de un tema fundamental en la ingeniería espacial con el que ha utilizado uno de los viejos maestros de la ciencia ficción: Arthur C. Clarke.

En 1979 aparecieron, con pocos meses de diferencia, dos novelas sobre el tema del ascensor espacial hasta una órbita geosincrónica. Se trata de LAS FUENTES DEL PARAÍSO de Clarke y LA TELARAÑA ENTRE LOS MUNDOS de Sheffield. Además del tema central sobre el ascensor espacial que se trataba por primera vez en la ciencia ficción, había otras coincidencias: el nombre del protagonista empieza con «M» en los dos casos (aunque Sheffield muestra mayor ironía al darle el nombre de un famoso mago: Merlín) y también la máquina que fabrica el cable del ascensor se llama «Araña» en las dos novelas.

El mismo Arthur C. Clarke escribió una carta al boletín de la Science Fiction Writers Association (SFWA, Asociación de Escritores de Ciencia Ficción de Estados Unidos), comentando el hecho y garantizando que Sheffield (cuya novela apareció en el mercado norteamericano cuatro meses más tarde) no le había plagiado. Dicha carta se incluye al final del libro en un apéndice documental que incluye también una reflexión de Sheffield sobre el futuro y las nuevas ideas en el campo de los ascensores espaciales.

Debo reconocer aquí que, para mí, la obra de Clarke supuso una cierta decepción, y así lo comenté en una reseña crítica publicada en el número 3 del fanzine KANDAMA en verano de 1981, incluso antes de conocer la obra de Sheffield. La novela de Clarke, LAS FUENTES DEL PARAÍSO, se anunciaba como una especulación sobre lo que ocurre cuando una fuerza irresistible (la agresividad y eficiencia del ingeniero Morgan que debe construir el ascensor espacial) se encontraba con un obstáculo inamovible (la resistencia de los monjes de Sri Kanda cuyo santuario ocupa el lugar ideal para el emplazamiento del ascensor espacial). En realidad Clarke escamotea dicho enfrentamiento con la aparición de un tercer elemento, el Velero Estelar, mensajero de otra civilización tecnológica de la galaxia que, literalmente, «altera irrevocablemente los criterios humanos sobre el universo, su origen y el lugar del hombre en todo eso». En

cualquier caso, me gusta reconocer (como ya hice en 1981) que, pese a un cierto grado de decepción, la novela de Clarke es buena ciencia ficción y me entretuvo. Aunque quiero repetir aquí lo que ya decía entonces: «posiblemente merezca los premios que ha obtenido (Hugo y Nebula), pero quizá no los hubiera ganado si su autor no se llamara Clarke».

Clarke afirma que no fue plagiado por Sheffield y le creo. Pero el lector curioso debería notar además que: 1) Clarke había recibido el manuscrito de Sheffield, como él mismo confiesa, mucho antes de que se publicara ninguno de los dos libros (la carta es de enero de 1979 y los libros se publicaron varios meses después). 2) Clarke lee con atención las obras de Sheffield como él mismo afirma en su carta y como demuestra el hecho de que la «propulsión cuántica», que se utiliza en otra obra de Clarke CANTOS DE LA LEJANA TIERRA, procede de una idea expresada por Sheffield en su obra LAS CRÓNICAS DE McANDREW y así lo reconoce el mismo Clarke en el capítulo de «Agradecimientos» de dicha novela. 3) En los años setenta el científico en activo, presidente incluso de la Sociedad Astronáutica Norteamericana, es Sheffield y Clarke ya no practica, desde hace años, la ciencia en activo, dedicado como está a su trabajo como divulgador científico y como novelista de ciencia ficción.

Sirva todo ello para aportar datos al lector para que él mismo pueda hacer su propio juicio sobre si pudo haber o no «inspiración» mutua. Tal vez no sea ocioso recordar que, por las características del mundo editorial, un manuscrito de Clarke tarda muy pocos meses en convertirse en libro, mientras que el manuscrito de Sheffield (ya existente bastante antes de enero de 1979) no vio la luz hasta agosto de ese mismo año. Aunque también puede ocurrir, como indica el mismo Clarke, que la idea estuviera ya «madura» para convertirse en el eje central de una novela de ciencia ficción.

En cualquier caso, la discusión sobre la paternidad de llevar la idea del ascensor espacial a una novela de ciencia ficción es ociosa y un tanto irrelevante. El hecho es que ahí está y ha generado (por ahora) nada menos que dos novelas interesantes.

Volviendo a la novela de Sheffield, junto al tema central del ascensor espacial encontramos en ella una abundancia de ideas y especulaciones que sigue siendo lo más característico de las obras de este autor. Sin llegar a la inaudita acumulación presente en LA CAZA DE NIMROD (verdadera maravilla de inventiva), LA TELARAÑA ENTRE LOS MUNDOS ofrece también esa riqueza habitual en Sheffield.

Encontramos en la novela, sumergidos en una trama de acción, aventura y suspense, prolifas explicaciones de tipo ingenieril que sorprenden por su verosimilitud, especulaciones sobre los viajes espaciales, ideas revolucionarias sobre la minería de los asteroides, hábitats sorprendentes como el de Atlantis, maravillosos resultados de la manipulación genética (Caliban, los Topos Carboneros, tal vez los «Expes») y su simbiosis con los nuevos y potentes ordenadores. También encontramos la reflexión sobre ciertas características de la sociedad del futuro inmediato con su sentido del peligro en la diversión (Camino Abajo), las nuevas enfermedades (Cancer crudelis y Cancer pertinax), las nuevas drogas como la «taliza» y su efecto sobre la memoria, etc. Un sinfín de novedades que amenizan la novela y le dan este toque tan característico de Sheffield que nos retrotrae fácilmente al encanto y la fascinación de la ciencia ficción de la época dorada.

Quisiera destacar también la referencia repetida a las ideas de ese genio del siglo XXI, el gran McAndrew, cuyas ideas han sido utilizadas incluso por el mismo Clarke. En cualquier caso, sirva la referencia para anunciar aquí la próxima publicación en castellano de LAS CRÓNICAS DE McANDREW de próxima aparición en nuestra colección.

Hay que hacer también algunas precisiones en cuanto a la terminología. En el original inglés se utiliza la nueva palabra «beanstalk» como la adecuada para identificar los «cables» del ascensor espacial. En realidad se trata de un término compuesto de bean (habichuela) y stalk (tallo) y por ello la traducción literal (que es la que utilizamos en este libro) es precisamente Tallo-de-habichuela. El origen del término (posiblemente inventado por Sheffield) se encuentra, con toda seguridad, en el famoso cuento tradicional inglés Jack, the Giant Killer («Jack y las habichuelas» en la traducción habitual castellana) en el cual el joven protagonista trepa por el tallo de unas habichuelas mágicas hasta el país donde encontrará al gigante. Con estos precedentes, el nombre beanstalk parece muy adecuado e ingenioso aunque su traducción literal al castellano resulte un tanto larga y extraña. Por eso, hemos acabado abreviándolo a Tallo en la mayoría de los casos.

Otro aspecto de la traducción es la incomodidad que puede producir cierto vocabulario de la física. Por ejemplo, en castellano el producto de la masa por la velocidad (mv) se conoce como «cantidad de movimiento» mucho más largo y farragoso que el «momentum» que se usa en inglés. Aunque algunos traductores utilicen «momento», no es una solución correcta ya que en castellano el término momento se reserva para cuerpos en rotación y así se habla de «momento cinético o angular» cuando la «cantidad de movimiento» viene multiplicada por la distancia al eje de rotación. El engorro del uso de «cantidad de movimiento» (término evidentemente demasiado largo para su uso literario) se ha justificado por el rigor debido a los conceptos de la física, lo que es claramente obligado en novelas como esta de Sheffield.

También ocurre algo parecido con algunos términos de ingeniería. El hilar metales (como hace la Araña) es una operación que los ingenieros llaman «extrusión» y cuya forma verbal no está demasiado clara, aunque muchos utilicen

«extrusionar» que suena evidentemente mal (aunque tal vez mejor que «extrudir»,). En esta traducción hemos querido respetar ese habla de los ingenieros pese a que no esté claro que pueda ser del todo correcta en castellano.

Siempre he pensado que éste es un mundo curioso donde una persona que no sepa quién fue Kafka puede ser fácilmente considerada como inculta e ignorante por las mismas personas que desconocen quién fue o qué hizo Lord Rutherford o que no sabrían expresar claramente el primer principio de la termodinámica. Ése es un fenómeno sobre el que ya nos alertó Charles P. Snow en su famoso libro LAS DOS CULTURAS Y LA REVOLUCIÓN CIENTÍFICA (1959) sin que los treinta años transcurridos desde entonces hayan servido de nada. Reconozco que el vocabulario de las ciencias y la tecnología a veces puede ser incómodo pero debería ser respetado y conocido.

Precisamente son algunos brillantes especialistas en el campo de la ciencia y la técnica quienes no ahorran esfuerzos por salvar el abismo entre las dos culturas, la literaria y la científico-técnica. Curiosamente, algunos de los resultados más exitosos se encuentran precisamente en la obra de algunos autores de ciencia ficción de sólida formación científica como Gregory Benford, David Brin, Vernor Vinge y también Charles Sheffield.

Si para muestra vale un botón, en LA TELARAÑA ENTRE LOS MUNDOS se hace referencia a Ourobouros (capítulo 10), la serpiente emblemática del antiguo Egipto y Grecia que se representa siempre con la cola en la boca, ya que se devora continuamente a sí misma y también renace a partir de sí misma. Generalmente se la presenta rodeando con su cuerpo toda la Tierra. Es un símbolo de la unidad de las cosas que nunca desaparecen sino que cambian perpetuamente en un eterno ciclo de destrucción y recreación. Su asociación metafórica con el Tallo-de-habichuela da una mayor perspectiva a la obra de Sheffield. Así ocurre también con la referencia al Tallo como el puente entre Mi-

dgard y Asgard (capítulo 15), entre la casa de los hombres en la tierra (Midgard) y la morada de los dioses en el cielo (Asgard) de que nos habla la mitología escandinava. En dicha mitología el puente entre los dos mundos es precisamente el arco iris que, en esta novela de Sheffield, resulta sustituido por la aportación tal vez más eficiente (aunque menos poética) del propio Tallo.

Estoy plenamente convencido de que Charles Sheffield, junto con Gregory Benford, David Brin, Ventor Vinge y algunos más de los nuevos autores, está llamado a configurar la ciencia ficción de finales de siglo de la misma forma en que los autores clásicos como Asimov, Clarke y Heinlein, ayudados por la labor editora de Campbell, definieron el género en los años cuarenta y cincuenta. Precisamente las obras de Sheffield aúnan de forma maravillosa una capacidad de distracción y entretenimiento inteligente con reflexiones adecuadas e interesantes sobre el futuro y las posibilidades que éste nos depara. Y ése ha sido siempre el objetivo esencial de la mejor ciencia ficción.

MIQUEL BARCELÓ

Para Linda

PRÓLOGO

NOCHE DE DUENDES

La voz volvió a sonar en su oído mientras entraba deprisa en el aeropuerto. Era un hilo de sonido que venía a través del receptor implantado.

«Espero que ya estés en el avión, Julia. Al parecer ha sido la mejor decisión. Yo aún estoy en el laboratorio, pero todas las salidas están cubiertas. Todavía no he podido enviar ningún mensaje por los intercomunicadores normales. Veré si puedo comunicarme con Morrison, que está en el Edificio Dos. Tú sigue adelante y cuídate».

Dejó de oír la voz de Gregor. Entró en la principal terminal aérea de Christchurch y miró a su alrededor. Eran casi las dos de la madrugada. Había pocos vuelos a esa hora, y muy poca gente. Esto era bueno y malo al mismo tiempo. Podría descubrir a cualquiera que la siguiera, pero quizá no habría nadie para protegerla, a ella y a su carga. Se dirigió con cautela hacia el mostrador y miró el cartel de salidas. Había un vuelo dentro de una hora. Era el que ella quería y no se anunciaba retraso. Se acercó sin prisa al mostrador, donde un empleado joven, con cara de cansado, estaba de guardia.

El muchacho bostezó.

—¿En qué puedo ayudarla, señora?

—¿Tiene una reserva a nombre de Merlin, Julia Merlin?

¿No habría sido un error que Gregor y ella hicieran la reserva bajo su verdadero nombre? Volvió a mirar a su alrededor. El aeropuerto estaba vacío, a excepción de dos muchachos que dormían sobre un banco largo.

—Aquí está. —El empleado introdujo en el ordenador la confirmación del vuelo—. Vuelo 157, transpolar hasta Ciudad del Cabo. Billete para un pasajero, pagado por adelantado. —Miró su abultado vientre y sonrió—. Aunque en realidad es para dos, ¿no?

Ella asintió y se obligó a esbozar una sonrisa.

—Falta un mes. Pero no crea lo que dicen de que un embarazo dura nueve meses. Parece cinco veces más.

Él asentía, sin prestar demasiada atención.

—Embarcan dentro de veinte minutos. El tiempo de vuelo será de tres horas y media. —La miró como pidiendo disculpas—. No es el aparato más rápido en esta ruta, menos de Mach Tres. Los pasajeros que viajan en plena noche no tienen demasiada prisa, supongo. Serán sólo cincuenta a bordo, al menos podrá estirarse y hasta dormir un poco. ¿Equipaje? ¿Factura los dos bultos?

—No. —La respuesta de ella había sido demasiado ansiosa, demasiado rápida—. La maleta sí, pero necesito llevar la caja conmigo. —La apretaba con fuerza contra el pecho, sin poder evitarlo.

—Muy bien. —La miró con ojo experto—. No creo que quepa debajo del asiento, pero es igual, tendrá sitio de sobra en la cabina. —Revisó los papeles que ella le presentaba, controlando las fechas—. Veo que los Laboratorios Antigeria han pagado su pasaje. ¿Trabaja allí?

Un error. Si sus temores eran ciertos, ella y Gregor no deberían haber usado el nombre del laboratorio para reservar los billetes.

—Sí —dijo tragando saliva—. Mi esposo es el director.

Vaciló, preguntándose si debía añadir algo más, pero el joven asentía distraído. Para él, en realidad, no era más que una aburrida conversación mantenida a medianoche por

cortesía, no porque sintiera el menor interés por ella. Tomó el billete y se volvió para irse.

—Un momento, señora Merlin.

Se quedó paralizada al sentir la voz del empleado a sus espaldas. Se giró despacio. Él le sonreía, tendiéndole un pedacito de papel amarillo.

—Se olvida de la tarjeta de embarque.

La tomó sin decir una palabra y se dirigió lentamente hacia la puerta. Al pasar por los controles de seguridad, la voz de Gregor comenzó a sonar otra vez en su oído.

«Julia. Julia. No sé si aún puedes oírme, pero es peor de lo que creíamos. He localizado a Morrison en el Edificio Dos; ya ha hecho la primera prueba al otro Duende y está de acuerdo con tu análisis: hay claros indicios de progeria inducida. Hemos hablado durante un momento a través del vídeo, pero la comunicación se ha cortado enseguida».

La voz llegaba débil y aguda a través del diminuto micrófono, pero ella percibía la tensión.

«Estoy de pie frente a la ventana en este momento —continuaba él—. Hay un incendio en el Edificio Dos y siguen vigilando las salidas. No veo manera de escapar. Tienes que llevar al otro Duende al Laboratorio Carlsberg, para que lo vea McGill».

Apretó con más fuerza la caja oblonga. En su vientre, el niño se agitó como reacción a la adrenalina que recorría a su madre.

«Intentaré salir de aquí —continuaba la voz de Gregor—. Me llevaré el transmisor, pero no tiene alcance como para comunicarme contigo cuando te alejes algunos kilómetros del aeropuerto. Según nuestro plan, estarás a punto de despegar. Ojalá pudieras confirmármelo de alguna manera. Escucha, hay otras dos cosas que quiero que le digas a McGill. El Duende que ha examinado Morrison murió de la misma manera que el tuyo: exposición al vacío, lo que significa que los dos murieron en el mismo lugar, un compartimiento de avión no presurizado. Morrison ha calculado

la edad: alrededor de doce meses. La masa corporal era de cinco kilos y medio. El largo, de menos de medio metro, casi igual al que tienes contigo. Espero que puedas oírme. Aún no tenemos idea de cómo pudieron llegar al laboratorio, pero ahora estoy seguro de que murieron hace unos dos días, no más».

Julia Merlin atravesaba la zona de embarque y se dirigía al túnel que conectaba con la nave. Vio que el auxiliar de vuelo le sonreía y hacía un gesto hacia la caja que ella llevaba. Negó con la cabeza, caminó hasta su asiento y se acomodó. La voz de Gregor había cesado. Se inclinó hacia adelante e intentó meter la caja oblonga debajo del asiento, pero no entraba. Estirarse más le costaba un gran esfuerzo. Se incorporó, jadeando ante la súbita punzada de dolor.

—Ahí no va a entrar, señora —dijo el auxiliar de vuelo. Estaba de pie junto a ella, tendiéndole la mano—. Permítame ponerlo atrás, donde hay más sitio. No, no se moleste —agregó cuando ella hizo ademán de ponerse de pie—. Mire, ¿ve aquel hueco atrás? La guardaré allí.

Tomó la caja de sus manos y la llevó a la parte trasera del avión. Julia giró en el asiento, siguiendo la maleta con la mirada hasta verla en lugar seguro. Gregor hablaba otra vez, pero la voz era casi ininteligible por la interferencia.

«... Llegar al piso más bajo... junto al farol de la calle... otra vez...»

El creciente ruido de los motores ahogó sus últimas palabras. El avión, ancho y chato, comenzó a coger velocidad. Hubo una súbita aceleración que la apretó contra el respaldo del asiento. Despegaron enseguida y comenzaron a subir con una inclinación de unos treinta grados, hasta llegar a los veintisiete mil metros de altura y a una velocidad de crucero superior a la de Mach Dos.

Julia se recostó en el asiento, exhausta. No podía tranquilizarse, pero el agotamiento físico y mental comenzaba a mostrar sus efectos. Permaneció allí recostada mientras la